

Experiencias de la razón

Experiencias de la razón (Valladolid, Universidad de Valladolid, 1992, 364 pp.) es un libro del prestigioso filósofo de la Ciencia Javier de Lorenzo. No puedo decir que sea el último, pues en el mismo año apareció *Kant y la matemática. El uso constructivo de la razón* (Madrid, Editorial Tecnos, 1992, 180 pp.). No voy a comentar los dos; presento exclusivamente el primero. ¿Por qué destacar un escrito entre las docenas de ellos que se refieren al tema de la razón? Contesto a la pregunta en las páginas que siguen.

SITUACIÓN DE LA OBRA

1. *Problema de orientación y adecuación.* La afición a meditar sobre la razón —como sobre Dios o los dioses, el universo, el amor o la esperanza— es ciertamente antigua. Está ya tan incorporada a las culturas que resulta trivial e imprescindible. Javier se adhiere a esta formidable tradición. ¿Bajo qué enfoque y con qué garantía de acertar? Es lo que quisiera aclarar al esforzarme por situar la obra.

En Europa se ha especulado mucho sobre los *fundamentos de la razón*. Esto es normal en épocas de gran preocupación por la verdad. Una parte de la actividad racional se concebía antaño como interesada en la verdad derivada, que remitía sin demora a verdades fonta-

les, primeras, radicales. Tampoco se ha de olvidar la pésima experiencia que tenemos todos —y en todas las épocas— de los estragos que producen las razones pringadas de malos principios. Recuérdense simplemente las “verdades” fontales del fascismo, el socialismo colectivista, el consumismo, la moral reducida a reglas, etc. “Parvus error in principio magnus in fine”, proclamaba sabiamente el adagio latino.

Descartes y Kant embarcaron a la inteligencia europea por la vía de las fundamentaciones finales de la razón y de la vida. Hoy nada queda de aquel audaz programa. ¿Qué enfoque ha sustituido a la búsqueda de fundamentos? Pienso que ninguno. Se han disuelto poco a poco los grandes sistemas y las comprehensivas perspectivas racionales en una rapsodia de minirelatos. Así no hay “razón” alguna para que uno de ellos —tan mozo como otro cualquiera— no sea el racista, el dominador o el dogmático. En este sentido digo que existe *problema de orientación* al hablar de la razón.

Persiste, por otro lado, bastante literatura que trata de captar *la* razón en toda su universalidad. Pero, ¿cabe enfocar la racionalidad al margen de las racionalidades, sin tener en cuenta ningún marco concreto de referencia? ¿Puede concebirse la razón como un género —al estilo de los moluscos—, o un análogo, con numerosas especies o analogados? No faltan importantes pensadores, al mismo tiempo, que se enamoran de *una* razón —por ejemplo, la denominada científica en sentido estricto— y la erigen sin más en *la* razón. ¿Qué pasa con las demás áreas? ¿Sólo somos racionales cuando hacemos Matemáticas, Física o Biología? A la vista de uno y otro tipo de escritos digo que hay *problema de adecuación* al hablar sobre la razón.

2. *Manifestaciones de la razón.* Javier parte de la situación peculiar del ser humano. Por una parte, se halla inmerso en la Naturaleza; por otra, está enfrentado a ella. La existencia de este ser extraño discurre consecuentemente bajo estructuras protectoras, que ha creado o crea él mismo, y a las que el autor llama Burbujas, Campanas, *Espacios*. El libro distingue tres grandes espacios configuradores de la vida humana, el Biológico-orgánico, el Perceptivo y el *Cultural*.

El primero faculta al linaje Homo para enfrentarse a la Naturaleza como organismo. Gracias a su batería de órganos detecta las cosas, huye o se acerca a ellas, se halla en situación de devorar a unas, de relacionarse con otras, de copular y salvar la especie. Vaga así por la Naturaleza como un débil objeto cercado por muchos sujetos. El Espacio Perceptivo, en cambio, le permite invertir esta frágil situación; pues el hombre emerge sobre él como sujeto, mientras las demás cosas se convierten en objetos. Javier adscribe a ambos espacios ciertos saberes y racionalidades innatos o naturales. En el Espacio Biológico-orgánico surgen los universales propios de la especie —lo que le rodea es presa, depredador, reproductor, etc.—; en el Perceptivo aparecen los de forma, color, tamaño, movimiento, peso y otros que sobrepasan la mera “utilidad”.

Con el Espacio Cultural el linaje Homo crea inéditos modos de enfrentarse a la Naturaleza y nuevas pautas de habitar en ella. Ningún otro ser de los conocidos hasta ahora despliega su existencia a base de dos códigos, el genético y el cultural. Por el segundo, a la vez que se protege de la Naturaleza amplía su hábitat en ella rompiendo constantemente límites. Influye, por otro lado, de manera decisiva a la hora de actualizar la potencialidad inscrita en el código genético. La cultura de un esquimal le permite desarrollar un lenguaje más rico sobre la nieve y percibir bastantes más tonalidades de su blancura.

Las *manifestaciones de la razón* —las experiencias de la razón— brotan como hongos en el Espacio Cultural a la vez que lo configuran. Javier lo vertebrata en tres grandes áreas, a las que denomina consecuentemente *Espacio Simbólico*, *Sígnico o Conceptual* y *Tecnológico*. Son sencillamente tres imponentes modos de estar en el mundo. En el *Espacio Simbólico* la razón se las ingenia para colocar al linaje Homo en el centro de la Naturaleza, al mismo tiempo que la organiza en torno a él haciendo del caos un orden armonioso. Esto sólo se consigue si el hombre está en cierta relación de concordancia con todos los demás seres. En suma, la especie fabrica un atractivo Cosmos, donde se mantiene a cierta distancia de la Naturaleza a la vez que se funde con todos sus seres.

Tres grandes vetas de racionalidad atraviesan este Cosmos de parte a parte, las cuales manan abundantemente de las razones *mítica, religiosa, y artística*. Las tres manejan hábilmente las cosas como símbolos, donde no es posible separar —debido a la concordancia de todos los seres naturales— el significante del significado. No ocurre otro tanto en el *Espacio Sígnico o Conceptual*. Entre la Naturaleza y su propio ser el hombre levanta la barricada de los signos —sean palabras, diagramas, lenguajes especializados, etc.—. Aquí se distinguen netamente significante y significado, de modo que la razón puede jugar con sistemas conceptuales en vez de manipular directamente las cosas. Javier identifica también en este espacio tres grandes ámbitos de racionalidad adscritos a las razones *matemática o constructiva, explicativa y comprensiva*. La segunda cubre las denominadas ciencias naturales y humanas; la tercera se mueve sobre el vasto tablero de todo lo sometido a interpretación y crítica.

En la producción de cosas para uso y consumo del hombre se manifiesta la séptima razón que considera la obra. Hasta hace apenas dos siglos, la razón instrumental siguió fielmente las pautas que le marcaban las racionalidades simbólicas y conceptuales. Pero con la industrialización el hombre crea el *Espacio Tecnológico*, un nuevo Cosmos tejido a base de relaciones puras entre los entes fundadas sobre las fuerzas productivas, el mercado y el consumo. Esta racionalidad teje sencillamente las vidas de los hombres que vagan por las sociedades industrializadas.

¿Qué *táctica general* utiliza Javier para distinguir las racionalidades mítica, religiosa y artística, constructiva, explicativa y comprensiva, tecnológica? Pone todo el acento en acotar el *espacio propio* que crean, configuran y desarrollan cada una de esas siete razones. Esta delicada demarcación se lleva a efecto a base de *principios constitutivos y regulativos*, los cuales determinan los aspectos ontológicos, epistémicos y metodológicos de cada ámbito. Los mismos entes naturales exhiben estos o aquellos atributos, se conocen de esta o aquella manera, se manipulan de uno u otro modo de acuerdo con el espacio en que los sitúa la razón. Así un mismo árbol puede convertirse

en árbol de la vida, creatura de Dios, inspiración artística, miembro de una estructura formal, enlace evolutivo, objeto de comprensión jurídica y materia prima de pura explotación.

3. *Diferencia de trato.* Según lo que acabo de decir, la *situación de la obra* aparece con claridad frente a otras muchas que especulan o han especulado sobre la razón. He aludido antes al problema de orientación. Creo que el estudio de Javier —dejando para más tarde el fondo de su obra— está muy marcado por la *fundamentación y la crítica*. Alguien puede decir que este patrón ya lo agotó I. Kant, pero se equivoca. El muestreo de racionalidades que presenta el autor es mucho más rico que el de Kant. El gran crítico, a pesar de vivir en los albores de la revolución industrial, ni siquiera barruntó el Espacio Tecnológico. Tiene, por otra parte, la audacia de inventar una razón a priori que pretende fundamentar a cualquier otra razón factual que engendre la Historia.

Javier pone sencillamente sobre el tapete los principios constitutivos y regulativos de cada razón. Y en este sentido no vale todo. Pero el miedo a los desmadres no se puede evitar, como se muestra bien patente en el Espacio Tecnológico actual. Aunque todas las razones sean autocorrectivas y estén ligadas al destino mismo de la especie, la irracionalidad no es algo periférico a ellas. Sin embargo, siempre se puede denunciar en nombre de la razón crítica, que vela solícita por el desarrollo interno de cada razón, y porque ninguna de ellas atropelle o anule a las demás. Supresión, linchamiento o privación que bulle en las entrañas mismas de razones como la racista, la socialista colectivista, la dogmática, etc. Y en este otro sentido tampoco vale todo.

El ya nombrado problema de adecuación recibe también otro trato. Javier no está en la línea de la tradición cartesiana, como es evidente, pues resulta imposible tratar *la* razón al margen de las razones. La definición de la razón, sea a base de ideas claras y distintas o de cualquier otra treta, acaba por anular amplios espacios de racionalidad. Lo mismo ocurre cuando se acota *una* razón bien reconocida —como la científica— y se la identifica acto seguido con *la* razón.

En ambos casos el efecto es análogo; grandes ámbitos de la vida humana quedan fuera de la razón; en ellos vale todo.

ALGUNOS RASGOS DE LA OBRA

4. *Talante general.* Entre los matices varios que cabría elegir, destaco particularmente cuatro. Sea el primero la *disolución del tópico*. Los lugares comunes en Filosofía se congelan en los más o menos "inconscientes decires" que ruedan de boca en boca y se consagran de pluma a pluma. Nacen legítimamente en una reflexión concreta, inscritos en un marco apropiado de conocimiento, pero después se prodigan sin ton ni son exportándolos a contextos extraños. Habría que separarlos netamente de las "tradiciones de pensamiento".

En cualquier caso, Javier desconfía constantemente de ellos; se mantiene en atenta vigilancia crítica. A veces los utiliza para corregirlos a renglón seguido o anularlos sin contemplaciones. Esto tiene consecuencias inmediatas, como la necesidad de inventar nueva terminología, lo que acarrea dificultades al lector habituado a los caminos familiares. La obra no es apta para "repetidores".

Por otra parte, *renuncia a la banalización y manifiesta decidida pasión por lo genuino*. Javier explica expresamente estas actitudes al hablar del "postulado de banalización", que ha sido masivamente adoptado por la colectividad occidental en vistas a la dominación. Se banaliza la Naturaleza, un ente, un concepto, un símbolo, una obra artística, un valor, etc., al no seguir con discernimiento su propio modo de ser, sino formalizándolo y reduciéndolo a esquematismos aptos para manipularlo. Si uno sigue la dinámica del discernimiento, no se está abocado al dominio, pues la riqueza de los entes te atrae y te seduce. La banalización ha penetrado enteramente en el sistema educativo y se propaga impunemente por los medios informativos de nuestra sociedad.

Javier se muestra incapaz de conciliarse con ella. Para erradicarla aboga por las experiencias genuinas. Afirma que no puede tratar-

se convenientemente la razón sin tener auténticas experiencias racionales. ¿Cómo entrar en el ámbito propio de las razones míticas, religiosas y artísticas sin experiencias primigenias de lo simbólico? ¿Acaso cabe penetrar los principios constitutivos y regulativos de lo conceptual matemático, físico, biológico, humano, comprensivo y tecnológico sin haber experimentado esas racionalidades? De otro modo, la trivialización, la banalización, estará a la orden del día. Cuando la reflexión es incapaz de habitar el espacio apropiado de cada razón, da un viraje y se sitúa en esquematismos despojados de sustancia viva.

El libro revela, asimismo, honda y metódica *preocupación por el contexto*. Al estudiar la razón, lo primero que aparece a la vista son sus obras. Uno se encuentra con multitud de mito-relatos, símbolos, ritos, ceremonias, cuadros y templos; extensos conjuntos de enunciados, reglas procedimentales, organizaciones, teorías y constructos espaciales; instrumentos, técnicas, ingenios industriales, distribuciones del tiempo, etc. La tentación corriente es caer de bruces sobre estos productos, despiezarlos, describirlos, ordenarlos, interpretarlos... El autor no sigue esta trayectoria. Centra todo su empeño en perfilar el espacio, la burbuja, la campana, el marco donde nace, crece, se desarrolla y muere una razón. Como ya he indicado antes, los creadores del contexto son los principios constitutivos y regulativos.

El cuarto aspecto que había prometido me atrevo a llamarlo *fidelidad a la historia de la razón*. Los estudiosos de esta energía cerebral se entusiasman no pocas veces —o se han entusiasmado— con un tipo de razón histórica y acaban por entronizarla como *la razón*. Cortan así de raíz la evolución de la misma. De este modo el círculo humano de lo que cae fuera de la razón se ensancha sin medida. En la misma proporción se extiende la arbitrariedad, el anárquico todo vale. Javier no está por los linchamientos racionales, ya que recortan la auténtica envergadura del linaje Homo. Hace al mismo tiempo continuas llamadas a evitar la confusión y mezcla de razones, insistiendo en el cultivo puro, crítico y dialógico de cada una.

Subrayo a renglón seguido algunos trazos que me han llamado la atención sobre las experiencias de la razón en los tres amplios espacios culturales.

5. *Espacio Simbólico*. Destaco, ante todo, el *principio de concordancia*, que crea este mismo espacio racional, lo mantiene y lo alimenta. El principio establece que todos los seres naturales, las partes del Mundo a nivel micro y macro, no sólo están emparentados entre sí sino que se identifican a la vez que se diferencian. De este modo “el hombre se siente ligado, enlazado al mundo, al creador, al orden y a la sociedad a la que pertenece y no «arrojado», extrañado, extranjero a ese mundo” (p. 116). El citado principio permite consecuentemente cargar toda la espesura entitativa de la Naturaleza sobre las espaldas del símbolo, puesto que cualquier cosa nos remite a todas las demás. De hecho Javier hace girar las razones mítica, religiosa y artística sobre este gozne.

Creo que en este mismo Espacio Simbólico merecen especial atención las *desventuras del ámbito artístico*. Javier analiza con agudeza el profundo y delicado trabajo racional inmerso en la obra de arte. Pone de relieve la envergadura conceptual, imaginativa y técnica que entraña —sin concesión a la espesa bruma de los misticismos—, a la vez que insiste en los problemas específicos que afronta el artista. Piénsese simplemente en la necesidad de representar objetos tridimensionales sobre la bidimensionalidad de los lienzos. Por eso el arte crea espacios propios, diversos de los que animan la Burbuja Biológico-orgánica y la Perceptiva.

La actividad artística, por otro lado, se halla ampliamente enlazada a los arquetipos humanos que ruedan por las diversas culturas. Y de aquí proceden sus desventuras. Pues muchas veces los artistas caen en las redes de la banalización —recuérdese el postulado de banalización citado más arriba—. Se les obliga así a producir obras destinadas a la simple fruición psíquica de este o aquel, a engrosar los canales del lucro, a reforzar los paradigmas del revolucionario, el reaccionario, el banquero o el dignatario eclesiástico. Quizás se imponga también aquí en muchas ocasiones la “astucia de la razón”,

de modo que el artista sobrepase con creces la trivialización. Pero no cabe duda que muchas obras del arte acaban degradadas a simples cachivaches.

6. *Espacio Sígico o Conceptual*. Como ya he observado anteriormente, Javier restringe su reflexión a señalar los marcos típicos de la razón matemática, explicativa y comprensiva. Pero nunca se han de olvidar los principios generales constitutivos y regulativos de lo sígico o conceptual.

De la *razón matemática* cabría resaltar, ante todo, su *acento constructivo a base de axiomas*. El hombre crea así nuevos entes, muy peculiares, como el espacio euclidiano y otros con sus respectivas figuras, que se alzan inconfundibles frente a los artísticos, míticos, perceptivos y orgánicos. Por eso sólo se puede hablar de la verdad en sentido de *verdad acotada*, es decir, confinada a este o aquel sistema axiomático. Una relación, como por ejemplo el paralelismo, puede darse en un sistema en sentido único; en otro, en sentido múltiple; en un tercero, en cambio, hallarse completamente ausente. Me han gustado también las conexiones que se establecen entre *teorema y problema*, en cuanto las actividades matemáticas de construir y derivar se relacionan y se fortifican mutuamente.

¿Qué decir de la *razón explicativa*? ¿Ha llegado a tal grado la economía de pensamiento que se puedan despachar todos los porqués de las denominadas ciencias naturales y humanas con una misma contextura racional? ¿Podremos tratar con el mismo tipo de razón la conducta inercial de una piedra, el cambio de color de un insecto y las acciones intencionales de un hombre? Javier no comparte el monismo hempeliano; distingue *tres clases de explicaciones irreductibles*. La falacia del monismo sólo puede descubrirse convenientemente al puntualizar con rigor todos los principios constitutivos y regulativos de un marco racional. Pues únicamente así se perciben conscientemente los entes que se construyen en tal marco y las conductas que pueden exhibir.

Según el marco que se adopte las mismas cosas naturales se transforman en simples sistemas inerciales, en propositivos e inten-

cionales. Los tres son irreductibles entre sí porque utilizan principios constitutivos y regulativos diversos. De acuerdo con estos supuestos y otros inherentes al propio marco, en las ciencias físico-químicas privan las *explicaciones subsuntivas o causales-lineales*. Las ciencias biológicas, en cambio, han de incorporar la *explicación propositiva o funcional no-lineal*. Las ciencias humanas, por último, no pueden prescindir de la *explicación justificativa*.

Desde la descripción del estado inicial de un sistema, utilizando ecuaciones diferenciales con coeficientes constantes, amén de otros requisitos —como el espacio geométrico, etc.—, sólo cabe explicar determinadas conductas de entes cerrados, es decir, de aquellos sistemas que no interactúan con el medio. No es posible dar cuenta del comportamiento de un pájaro, que se ve influenciado constantemente por su entorno; y mucho menos del obrar deliberado de un hombre, que opera sobre el medio en vistas a fines elegidos de acuerdo con arquetipos culturales. Según el marco de la respectiva razón, una piedra que cae de lo alto, una mariposa y un hombre habitan espacios diferentes.

La *razón comprensiva* tiene un campo inmenso. Enfoca, por una parte, todos los restos arqueológicos del pasado —historias, leyes, obras literarias, creencias, teorías, etc.— en orden a interpretarlos, comprenderlos y aplicarlos. Pero se transforma, por otro lado, en razón crítica, escrutadora del presente, el cual enlaza productivamente con el pasado, a la vez que se convierte en pretérito apenas llega a la existencia. Por eso todo cae bajo la crítica; se comporta como un denso agujero negro del espacio. Javier se muestra preocupado por el método de la razón comprensiva. En general ha tendido a utilizar la estrategia de la fundamentación totalizadora —more Hegel—. El propone la *recuperación del diálogo al estilo platónico*. Diálogo versus fundamentación.

7. *Espacio Tecnológico*. Quizás el rasgo más significativo de esta razón sea la *inversión de la cohesión social* que produce. Los Espacios Simbólico y Conceptual determinan sus respectivas cosmovisiones, las cuales regulan las apropiadas relaciones sociales y dirigen las

fuerzas de producción. El trato entre los hombres y el comportamiento con los seres naturales están fijados por los arquetipos expresados en los símbolos o formulados en las Constituciones modernas. El Espacio Tecnológico invierte la situación. Son las fuerzas productivas quienes prodigan las relaciones sociales y conducen a una peculiar cosmovisión. Está claro que el primer principio constitutivo de este Cosmos se identifica con las mismas fuerzas de producción. Pero la producción exige extensas redes de relaciones que gravitan sobre los entes. Son conexiones que pasan por alto las diferencias entitativas, establecen abrumadoras igualaciones, y borran distinciones sagradas como las de sujeto y objeto. Priva por doquier la organización, que se eleva a segundo principio constitutivo de esta razón.

La propia dinámica de la producción, el mercado, el lucro y el consumo lleva en sus entrañas dominio, constricción, transformaciones irrespetuosas y linchamientos de finas diferencias. La *violencia no es algo periférico a esta razón*. Por eso Javier la incluye como tercer principio constitutivo del Espacio Tecnológico. La gente percibe bien la tremenda carga de violencia que rezuma nuestra sociedad; quizás no sepa que se halla inmersa en el mismo estilo de hombre que todos cultivamos con el mayor mimo y cariño.

También merece la pena destacar la *penetración del tiempo* en este marco racional tecnológico. Otras racionalidades —como se ha podido constatar— cuentan mucho más con el espacio. “En esta nueva visión del mundo el tiempo se convierte en un factor esencial que va a sumarse a lo figurativo espacial de las otras burbujas” (p. 293). La dimensión temporal alcanza de lleno a costos, máquinas, salarios, producción, mercancías, técnicas, organización, progreso, etc. Tal vez haya que poner el acento en el denominado *tiempo laboral*.

A primera vista aparece la distribución diaria de las horas y la asignación anual de fiestas y vacaciones. Lo más significativo es que el tiempo laboral se transforma en tiempo vital. La existencia de un hombre se traduce en período de preparación para producir, tiempo de producción efectiva y retiro. Las clases sociales más cortantes no son ya las de trabajadores y burgueses sino las de ocupados, para-

dos y retirados. El tiempo laboral, por otro lado, determina completamente la convivencia en los espacios familiares, las empresas, gimnasios, estadios, etc.

EL FONDO DE LA OBRA

8. *La pregunta por el hombre*. No nos confundamos. *Experiencias de la razón* no es una epistemología, mucho menos aún una filosofía de la ciencia, sino una honda preocupación por el hombre. Esta es la *inquietud fundamental* que penetra de parte a parte toda la obra. Nadie se libra de ella. En muchos se agita desde la "imbecillitas corporis", al experimentar el dolor, la limitación y la muerte. Esto ha provocado siempre las airosas pero muy egoístas salidas individuales de liberación. El grito de ¡sálvese quien pueda! recorre toda la Historia, ya invitando a refugiarse en el espacio interior, o a soñar con paraísos hace tiempo perdidos o por venir.

Pero, desde una toma de conciencia más amplia, desde la *inquietudo animi* que se alza por encima de lo individual, la preocupación recae sobre la misma especie. "Sobrevivir no ya a nivel individual, sino de especie. Sobrevivir no sólo en lo genético, sino en lo cultural, que es lo que ha hecho a esa especie y lo que ha hecho que la misma se encuentre ahora más amenazada que nunca" (p. 11). El código genético te emparenta sencillamente con el *Homo* de los homínidos. El cultural, en cambio, te sumerge en mil estilos de ser hombre, entre los que hallarás fieras, esclavos, libres, pacíficos y también el deseable *homo humanitas*.

Ahora bien, el código cultural, la Burbuja Cultural, nace y crece con las *experiencias de la razón*. Por eso atentar contra estas experiencias es poner en peligro la especie misma. Javier cree que los ataques no son cosas del pasado histórico. La razón se ve en estos momentos "sistemáticamente atacada, asaltada, destruida" (p. 10). Quizás el arma más devastadora sea el ya nombrado postulado de banalización que impregna nuestra cultura; o tal vez la violencia que nutre

como principio constitutivo al Espacio Tecnológico. En cualquier caso, el fondo de la obra está claro. El autor une indisolublemente la experiencia de la razón a la construcción del *homo humanitas*. Brinda así una reflexión crítica que intenta ayudar a la digna supervivencia de la especie, aunque suene a "cuento contado por un idiota" (pp. 10 y 353).

9. *El hombre escindido*. He ahí el *homo humanitas* de Javier. La escisión del hombre es consecuencia de su modo de existir en y frente a la Naturaleza. Las Campanas, Burbujas o Espacios Biológico-orgánico, Perceptivo y Cultural reflejan tres grandes cortes transversales de ese *homo humanitas*. Pero las secciones prosiguen a lo largo y ancho de las siete experiencias racionales consideradas en el libro. Cada experiencia racional revela un espacio único, intrasferible, pura riqueza humana si se cultiva de acuerdo con sus principios constitutivos y regulativos. De otro modo se desvirtúa, se corrompe o se anula.

Debemos "reconocer que el hombre es un ser escindido según las burbujas o espacios, los ámbitos que esas racionalidades reflejan" (p. 12). Es un hecho, como lo es el factum de sus miembros o de sus órganos, pero nada fácil de aceptar. Pocos se sienten satisfechos con un ser a jirones. De ahí la tendencia a crear alguna Superburbuja, algún Superespacio que establezca cierta unidad y armonía entre los citados espacios. Puede hacerse, desde luego, replica Javier, si bien se ha de pagar el precio de la banalización de todas las experiencias de la razón. El miedo del autor es que el hombre pierda sus vivencias originarias. No cabe duda que los atropellos han estado a la orden del día. Sin embargo, quizás haya Superespacios existenciales en los que se respete la profundidad y la calidad de cada experiencia racional. Es difícil que la energía cerebral se contente con la dispersión, dada su innata tendencia hacia la unidad.

Cualquier *homo humanitas* se presenta como arquetipo o paradigma de vida más plena. De hecho, a nivel de especie, ninguno de ellos ha llegado aún a la existencia; incluso se sienten todos amenazados por doquier. Al hombre escindido le ocurre otro tanto. ¿Qué

tipos de amenazas le afectan, lo niegan o al menos impiden que llegue a nacer y desarrollarse? Aquellos actos y actitudes individuales o sociales que traban las *experiencias de la razón*. Esto se consigue de muchas maneras, pero creo que Javier insiste particularmente en tres a lo largo de la obra.

Es muy recurrente la denuncia del *dogmatismo*; tanto, al menos, como la apelación a vivir la existencia impregnada de directa y sana conciencia crítica. El dogmatismo, en este sentido, no consiste simplemente en aferrarse a cuatro creencias con alto riesgo de estar equivocado. Es adherirse a un modo existencial duro, sin reflejos, esclerotizado, incapaz de nuevas experiencias. Si la especie íntegra entrara en esa senda perdida, las esperanzas de vida quedarían profundamente reducidas. Por eso Javier no se cansa de repetir y recomendar la saludable actitud crítica para el intenso cultivo de las siete grandes experiencias racionales. El linaje Homo cobra magnífico espesor en cualquiera de ellas; mucho más en todas juntas.

Atenta, asimismo, contra el hombre escindido la *negación de alguno de sus espacios racionales*. Es el escueto y vulgar peligro —por desgracia ampliamente extendido— de que en muchas regiones de la vida se implante y reine la brutalidad. No hace falta pensar en bombas atómicas; basta erradicar de la existencia los arquetipos prodigados por las razones simbólicas. ¿Qué es el hombre privado de los genes culturales que contienen el secreto germen de los audaces paradigmas? Javier no se cansa de reiterar una y otra vez la denuncia de cualquier linchamiento de experiencia racional. Conocedor a fondo de amplios sectores de la razón científica, no puede soportar que vulgares ideólogos del cienticismo —sin apoyo alguno de la misma Ciencia— anulen la razón a derecha e izquierda del horizonte vital humano.

Subrayo, por último, el quebranto de la racionalidad a través de los *reduccionismos*. Los más graves implican la falta total de respeto por los principios constitutivos y regulativos de un marco al querer reducirlo a otro. Claro que no se consigue. Habría en tal caso pérdida fehaciente de genuina racionalidad o humanidad. Quizás alguien

los ha echado en falta al hablar de la razón explicativa. Pero es aquí donde cobran todo su espesor. Por otra parte, no son tan graves como los otros dos atentados, ya que al fin y al cabo se trata de una mala comprensión de la propia racionalidad.

Javier se decide a repasarlos "por su permanencia en ámbitos estrictamente científicos" (p. 189). El testimonio que toma de Hubel —relativo a expresar en términos físico-químicos todos los fenómenos vitales del cerebro humano— es aleccionador (pp. 282-283). Me gusta ese trato del reduccionismo, que el autor distingue en metodológico, derivativo y el que tiene lugar entre diferentes marcos.

10. *Para terminar*. Los libros, una vez escritos —según el propio Javier—, pasan a engrosar la categoría de *restos arqueológicos*. Pero el soneto de Quevedo les concede —al menos a los "doctos"— la facultad de que podamos vivir en conversación con los difuntos y de escuchar con los ojos a los muertos (p. 13). Este resto arqueológico afortunadamente no ha enterrado aún a su autor. Al hablar del Espacio Sígnico o Conceptual, Javier establece como uno de sus principios regulativos el de proceder por *aproximaciones sucesivas* (p. 183). Yo he reflejado en este comentario mi primer acceso.

Tal vez el autor se admire de su flagrante pequeñez. Pero puedo prolongar mi conversación cuanto quiera. Según el *principio de extensión* (pp. 182-183), las aproximaciones conceptuales carecen de límite. Agradezco a Javier esta formidable oportunidad. Invito a hacer otro tanto a epistemólogos, filósofos de la ciencia, teólogos, antropólogos, a cuantos cultivan cualquier espacio racional y a quienes desean vivir la vida más conscientemente. Hoy escribimos muchos; pocos intentan gestar y parir un verdadero libro, sobre todo si es "docto". Creo que Javier lo intenta y lo consigue.

ELADIO CHÁVARRI